

tra opinión, dice el profesor Alvarez Pedroso, el gobierno de Hatshepsut revistió importancia extraordinaria y proporcionó grandes beneficios al Egipto. Si Hatshepsut no se hubiera apoderado del trono, habría continuado, es cierto, la serie de brillantes campañas llevadas a cabo por los Thutmosis. Pero ¿hubiera resistido una nación desorganizada las campañas de Thutmosis III? No; el país tal como estaba no hubiera resistido las campañas militares del gran capitán egipcio; por el contrario, se hubiera quebrantado en lo más profundo de su organización. En cambio, los veinte años de reinado pacífico de Hatshepsut, hacen posible la reestructuración del país, la fortificación del poder real, y la prosperidad del territorio para resistir las guerras de su sucesor. Y este es el positivo mérito de la obra de gobierno de la Hatshepsut, quien demuestra a los pueblos que se puede conquistar la gloria en el gobierno de una nación, sin recurrir a campañas militares».—A. T.

<https://doi.org/10.29393/At159-330DPCP10330>

CUENTOS PARA MARISOL, por *Marta Brunet*.— Editorial Zig-Zag.
Santiago de Chile

Marta Brunet, que ha cultivado con acierto la literatura para adultos, que ha sido una de las más vigorosas y finas cultoras del naturalismo o criollismo, incorporando a nuestras letras muchos tipos, paisajes y aspectos de la chilenidad que dormían en el limbo de lo inédito y esperaban el conjuro de la animadora para adquirir la vida maravillosa y perdurable del arte, ha vuelto ahora su atención y su cariño hacia los niños, buscando cómo entretenir y educar su curiosidad golosa, cómo retener a un tema útil sus cabecitas volanderas.

Hemos leído los cuentos de Marisol con el interés elevado al cubo que nos merece todo lo relacionado con los niños, pues siempre hemos pensado que si los adultos y los viejos no pode-

mos redimirnos de las deformaciones morales que hacen tan inconfortable la vida y que originan todos los males que aquejan a la humanidad—a nuestro juicio todo sufrimiento individual o colectivo, si no tiene siempre una causa moral, puede ser remediado intelectual o moralmente—que si los viejos no podemos botar ya lastre de imperfección, tenemos el deber primordial de preparar generaciones redimidas de nuestras culpas, que puedan mirar con ojos claros, limpios de máculas impuras, los maravillosos cielos del porvenir. Y para el bienestar y la felicidad futuras nos parece lo esencial conservar en los niños la fuerza, la salud, la destreza, es decir, no malograr la herencia de los antepasados, e injertar en esta firme base las virtudes sociales que permiten la cooperación de todos en la prosperidad y alegría común. El bárbaro no debe ser extirpado totalmente de nuestro ser, ello sería privarnos de nuestra raíz viva. Creación cósmica, el bárbaro, nuestros instintos primitivos, son las relaciones del hombre con la naturaleza en su forma original. No se trata de eliminar a este salvaje que llevamos dentro, como quien masacrara gorilas con ametralladora moderna, sino de transformarlo en un ser dotado de las cualidades que exige la vida civilizada, sociabilidad, solidaridad, simpatía.

Debemos confesar que los relatos del libro nos han recreado y hemos admirado en ellos la amenidad, la gracia, la imaginación fértil. Desde luego, los cuentos sirven para los viejos. Lamentamos no poder volver a la infancia para dar fe del efecto que Marta Brunet produce en el alma infantil. Hemos contado o leído estos cuentos a algunos niños y los hemos visto muy divertidos con sus fábulas, y también con los monos que las ilustran. A los niños les divierten las fábulas, lo que prueba que les hace bien. Y hay un gran talento disimulado bajo estas sencillas fábulas, una sabiduría y una bondad que se ocultan en todos los detalles del relato, y en la ideación del conjunto, todo lo cual permite estimular la imaginación de los niños, es

decir, sus facultades creadoras, dándoles a la vez nociones morales y sólidos conceptos de la realidad. A nuestro juicio, el cuento que mejor cumple con este múltiple objetivo de anclar al niño sólidamente en la verdad, de formarle el carácter con enseñanzas morales y de estimular su fantasía, es «La flor del cobre». Asunto felizmente concebido y realizado, deleita la fantasía traviesa del niño, nutre su cerebro con nociones fundamentales y deja en su corazón el germen de virtudes. Igualmente educativos y edificantes son los cuentos titulados «Busca camino», «Mamá Condorina», el de los sapos, y en general, todos los del libro. Ignoramos solamente si estos últimos, que son propiamente fábulas, o sea narraciones animadas por medio de animales, a los que se reviste de atributos humanos, serán tan útiles para las inteligencias en formación como «La flor del Cobre», cuento que, sin dejar de ser fantástico, no ha incurrido en ninguna adulteración violenta de la realidad.

¿Por qué los narradores primitivos inventaron la fábula, echaron mano del reino animal para ilustrar y animar sus cuentos morales y educativos? Sin duda, en obsequio a la amenidad, a la simplificación de los temas, al deseo de utilizar las sorprendentes analogías que hay entre la fauna y la humanidad, al propósito de mostrar la unidad de la creación. La operación mental que lleva a la fábula es análoga a la de la formación de las imágenes y los símbolos del poeta. Que el recurso es feliz lo demuestra el hecho de que las fábulas, cuando son bien logradas, se hospedan en la memoria y sirven de ilustración permanente de verdades humanas, la que en estas formas alegóricas toman más vida y color.

Después de nutrir las cabecitas virginales con el conocimiento directo y veraz de la naturaleza, luego de educarlos en el ritmo de la vida por medio de enseñanzas prácticas y experimentales, está bien que en las horas de reposo y esparcimiento vengan las fábulas a estimular la imaginación, a destapar la jaula sonora de la alegría, a dejar caer en las almas infantiles

destellos de verdad y de belleza, como plumas de oro que se desprendieran de una bandada en fuga.

Marta Brunet ha cumplido generosamente su propósito y sus magníficos relatos, bellamente ilustrados, han conquistado la alegría y la ternura de los niños y la gratitud de los adultos.—DAVID PERRY B.